

¡Fuera, al-Sisi!

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Esta es la consigna que se viene repitiendo en los últimos días en Egipto por parte de aquellos manifestantes que se han echado a las calles en contra de su presidente, Abdel Fattah al-Sisi. Para ser sincero, he de decir que las protestas me han pillado de sorpresa. Durante la semana que estuve el pasado mes de agosto en el país no percibí ninguna señal al respecto. Algo que tampoco es muy extraño si tenemos en cuenta que estamos hablando de un estado donde el control es enorme. Probablemente mayor que en la época de Hosni Mubarak, que pudo mantenerse durante años sin apenas problemas. El caso de al-Sisi es completamente distinto, pues la tasa de rechazo a su persona es considerable, ya que, a la postre, encarna el secuestro de aquella incipiente y frágil democracia nacida de la revolución de 2011. Entonces la gente se volvió en contra de Mubarak, siguiendo el ejemplo de lo ocurrido en Túnez, donde se originó esa oleada de descontento contra los regímenes caudillistas de una buena parte de las naciones musulmanas. Allí el pagano fue Ben Alí, recientemente fallecido en su exilio de Arabia. En Egipto el damnificado fue Mubarak. La diferencia radica, sin embargo, en que, mientras en Túnez la democracia parece abrirse paso a duras penas y con todo tipo de dificultades, en Egipto esto no es así. La celebración de elecciones dio el triunfo al islamista Mohamed Mursi, primer presidente elegido en las urnas y que en 2013 fue derrocado por un golpe castrense encabezado por el mariscal al-Sisi. Aunque al principio generó contradicciones, lo cierto es que la asonada contó finalmente con el visto bueno de buena parte de la comunidad internacional, al pensarse que los Hermanos Musulmanes, tarde o temprano, se cargarían el sistema democrático. Y es que, en el fondo, una democracia no es sólo votar, sino muchas cosas más y era evidente que la Cofradía se había aupado por la vía democrática, pero no estaba tan claro que iban a mantener dicha vía en el ejercicio del poder. De ahí que la cúpula militar decidiera intervenir, con el apoyo incluso de ciertos sectores progresistas, urbanos o de las minorías del país (como los coptos). Con ello no estoy defendiendo la insurgencia contra Mursi, cuidado. El problema radicó otra vez en que, después de los acontecimientos de 2011, Egipto volvió a la casilla de salida. Es decir, a que un nuevo uniformado se hiciera con las riendas de la Jefatura del Estado. Nasser, Sadat, Mubarak y al-Sisi son los grandes dignatarios del Egipto contemporáneo, todos ellos militares y con el respaldo del Ejército.

Como en 2011, la céntrica plaza Tahrir está siendo nuevamente el escenario, entre otros, de las movilizaciones contra al-Sisi. En aquel momento fueron masivas y mostraban el hartazgo contra un líder perpetuo en el cargo. Ahora, por el contrario, están siendo bastante limitadas, algo normal si tenemos en cuenta la fuerte presencia policial y militar existente. El grado de represión es tal que no resulta fácil posicionarse contra el gobierno. Los mecanismos de control son enormes y Egipto vive en un sistema claramente autoritario donde la libertad de expresión está muy mermada. Los propios Hermanos Musulmanes están ilegalizados y no pueden llevar a cabo una labor de oposición en condiciones. Por tanto, la mecha que ha incendiado el proceso contestatario ha surgido en las redes sociales. En concreto, su gran impulsor ha sido Mohamed Aly, un empresario de la construcción egipcio residente en Barcelona. La publicación de distintos vídeos atacando a al-Sisi y a los mandos militares de corrupción ha sido el detonante. Según explica Aly, la Administración le debe millones de libras egipcias por los trabajos llevados a cabo por su constructora, Amlaak. Lo cierto es que, mientras el ejecutivo ha impuesto una serie de medidas de austeridad severas, lleva gastados millones de dólares en obras faraónicas, como la creación de otra capital para descongestionar El Cairo, las obras del Canal de Suez o el nuevo museo egipcio de Guiza, por ejemplo. Es posible que estas inversiones tengan una respuesta positiva a medio o largo plazo desde el punto de vista económico, pero un número muy importante de egipcios, aquellos que se ven obligados a vivir con menos de dos dólares al día, puede que tengan otra percepción. En este sentido, puedo afirmar que la pobreza en el sur del país y en los barrios marginales de las grandes ciudades es desoladora. Obviamente, no son ellos quienes se están pronunciando, sino aquellos

grupos que ven que, desde 2011, apenas ha cambiado nada. La reforma política hacia la democratización se ha estancado y las mejoras económicas no alcanzan a la mayoría de la población, la cual, pese a todo, sigue creciendo, sin que los planes de control de natalidad hayan surtido ningún efecto.

De momento, es temprano para saber cómo va a evolucionar este movimiento. Si irá en aumento, si será abortado por el régimen o si forzaré una reflexión interna dentro del mismo. Sin darle mayor importancia, al-Sisi se ha marchado a Nueva York a la asamblea general de las Naciones Unidas, mientras las detenciones no se han hecho esperar. Hay que recordar que al-Sisi representa, en buena medida, lo malo conocido frente a lo bueno por conocer y goza de buen predicamento en la esfera internacional. Además, viendo la situación en Próximo Oriente, a nadie conviene la desestabilización de la República Árabe. Su tratado de paz con Israel, su estrategia de contención en Gaza y su lucha contra el terrorismo islámico en el Sinaí lo convierten en un aliado fundamental de Washington, de Riad y aún de Tel Aviv.

22 de septiembre de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 6 de octubre de 2019, p. 26